

EN TORNO A LA CONSTRUCCIÓN Y CONSERVACIÓN DEL MITO DE LA CONQUISTA DE MÉXICO

Around the construction and conservation of the myth of the Conquest of Mexico

Marialba Pastor*

Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN: Este texto aborda las características generales de la versión más difundida del mito de la Conquista de México, basada en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, con el objetivo de subrayar la imposibilidad de conservarla —como se observa en la historiografía contemporánea— como relato histórico. Al respecto enfatiza las fallas heurísticas y hermenéuticas en las que han incurrido los científicos sociales; sobre todo, la ausencia de una crítica rigurosa y sistemática de las fuentes escritas y de los testimonios orales legados por quienes se dijeron testigos oculares de los hechos.

PALABRAS CLAVE: mito de la Conquista de México, *Cartas de relación*, cronistas coloniales, historiografía contemporánea.

ABSTRACT: These paper underscores some general characteristics of the most widespread version of the myth of the Conquest of Mexico —based on the *Cartas de Relación* of Hernán Cortés— with the purpose of re-questioning issues regarding what took place and point some heuristic and hermeneutic flaws in the contemporary historiography. These flaws mainly concern the absence of critique of the written sources and of the oral testimonies handed down by those who claimed to have been eyewitnesses to the events.

KEYWORDS: myth of the Conquest of Mexico, *Cartas de relación*, colonial chroniclers, contemporary historiography.

Fecha de recepción:
16 de octubre de 2016
Fecha de aceptación:
15 de junio de 2017

* Historiadora. Académica de la Universidad Nacional Autónoma de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt (México). Publicaciones recientes: “La interpretación de los pecados de la carne en la Escuela de Salamanca”, *Revista Iberoamericana. América Latina-España-Portugal* (núm. 58, junio 2015). Libros relacionados con este artículo: *Cuerpos sociales, cuerpos sacrificiales* (Fondo de Cultura Económica, edición electrónica, 10 septiembre 2014); *Crisis y recomposición social. Nueva España en el tránsito del siglo XVI al XVII* (UNAM-Fondo de Cultura Económica, 1999). Contacto: llaneza@unam.mx

Los historiadores contemporáneos reconocen que lo dicho por Hernán Cortés en las *Cartas de relación* es el patrón, o el hilo conductor predominante, en el discurso sobre la Conquista de México, el cual muestra las etapas que, partiendo de Veracruz en 1519, culminaron con la caída de Tenochtitlán en 1521 a manos de los españoles. Aceptan, además, que Cortés, el capitán general de la expedición, seleccionó los hechos “importantes y representativos” que servirían de “apoyo a cronistas e historiadores posteriores”.¹

Lo ocurrido en los más de dos años transcurridos entre el arribo de las tropas cortesianas a las costas veracruzanas y su victoria debió haber sido muy difícil de sintetizar; máxime cuando la naturaleza física y humana, así como las lenguas y costumbres de los pueblos encontrados, resultaron totalmente extrañas y complejas para los recién desembarcados. Como es bien conocido, los observadores de un mismo hecho nunca lo refieren de igual manera. Además, es evidente que Cortés no pudo presenciar todo lo que narró en sus cartas. Sus ubicaciones geográficas e inclinaciones subjetivas dirigieron su atención y sus valoraciones; y, en efecto, él seleccionó las acciones y les asignó su contenido y significado. Por otra parte, aunque la segunda y tercera cartas las escribiera en octubre de 1520 y mayo de 1522, respectivamente, o sea, unos cuantos meses después de las acciones decisivas, su memoria no funcionó como una cámara fotográfica idílica que pudiera plasmar la realidad. El paso del tiempo modificó lo vivido, imaginado y escuchado en función de aquello que lo beneficiaría personalmente o a su grupo.

Cortés escribió con la intención principal de justificar sus estrategias y procedimientos como jurídicamente correctas para obtener del rey el reconocimiento de sus hazañas y los consecuentes honores y mercedes. En tal contexto es obvio que borraría lo vergonzoso, inconveniente o inservible. Desde que quedó estampado en las *Cartas de relación*, el relato de la Conquista se ha conservado intacto² y todavía funciona como la esencia del mito fundacional de la nación mexicana. Es decir, las crónicas e historias posteriores lo dejaron impoluto para afianzar “la verdad” de lo sucedido, aunque añadieran detalles, impresiones de otros soldados, anécdotas, dichos e incorporaran asuntos alejados de la realidad histórica.³

¹ Martínez, *Hernán*, 1990, p. 843. La segunda carta-relación fue publicada en 1522, la tercera en 1523 y la cuarta en 1525. En 1527 la Corona prohibió su reimpresión por el temor a que los conquistadores se convirtieran en herederos del territorio conquistado y propiciaran el separatismo. Posteriormente, lo ocurrido en la Conquista de México será un asunto delicado por cuestiones religiosas, económicas y por la competencia existente entre los reinos europeos.

² Rozat, *Repensar*, 2013, pp. 57-79; Rozat, “Relatos”, 2016, pp. 1-48.

³ El historiador José Luis Martínez sintetizó el valor y los problemas de esta fuente al sostener: “Las *Cartas de relación* son el primer testimonio que hizo y hace posible conocer los hechos de la conquista y la fundación de un nuevo Estado [...] Cortés debió hacer apuntes y sumarios previos, y consultar a sus allegados para aclarar su memoria; dictaba las cartas a sus secretarios y debió revisarlas luego de escritas. Se dio cada vez suficiente tiempo para meditarlas y supo dar a cada una un tema principal, separando con nitidez las etapas de su empresa. Todo esto muestra un diseño claro e intencionado de cada una de las unidades y de sus componentes. Además, sabía crear gradaciones dramáticas para mover la expectación de sus lectores, y elegir, entre el cúmulo de hechos, los más importantes y representativos [...] selecciona hechos, cir-

En el caso de Andrés de Tapia, Bernal Díaz del Castillo y Francisco Aguilar, tres soldados que acompañaron a Cortés, que fueron testigos de los hechos y escribieron, los dos últimos, muchos años después, sus escritos incluyen, enfatizan y omiten lo mismo que su capitán general; algo difícil de aceptar porque debieron haber visto las cosas desde otro ángulo y comprendido de manera diferente. Ni qué decir de aquellos testigos no oculares, es decir, indirectos o no contemporáneos a lo ocurrido, a quienes la distancia temporal y espacial obligó a recoger informes de otros.

Para el historiador Juan Miralles, uno de los más citados biógrafos de Cortés, la obra de Bernal Díaz del Castillo también es un hilo conductor de la Conquista de México, porque, mientras Cortés narra lo acaecido “desde arriba”, este soldado lo hace “desde abajo”, desde las “habladurías de la tropa”.⁴ Ciertamente Bernal agrega al relato cortesiano testimonios de otros soldados para subrayar los peligros vividos y las contribuciones hechas por ellos para la “pacificación” del Nuevo Mundo; pero, si se pone atención en los acontecimientos relevantes que recoge y en su secuencia, se advierte que estos remiten a sus *Cartas*, como lo hacen también quienes, sin presenciar lo ocurrido (Fernández de Oviedo, Motolinía, López de Gómara, Vázquez de Tapia y Cervantes de Salazar), lo adornaron con escenas imaginarias: diálogos inventados, versiones de mitos griegos y romanos, referencias bíblicas y teológicas y fragmentos de autoridades, principalmente.⁵

Es cierto que existen probanzas, juicios de residencia y otros documentos producidos en los tiempos de la Conquista, pero en ellos no constan las estrategias empleadas por el capitán general para someter a sus enemigos indios, tampoco muestran preocupación por conocer quiénes eran

cunstances y pormenores, con buen juicio para ir a lo esencial o al rasgo más expresivo, aunque también se transparente la intención, que luego se le reprochará, de resaltar sus propias hazañas y la nobleza de sus acciones, por encima de las de sus capitanes y soldados; de torcer intencionalmente ciertos hechos y de callar otros, por malicia o descuido”. Martínez, *Hernán*, 1990, pp. 841-842. Mas este autor no destacó las copias posteriores.

⁴ Miralles, *Hernán*, 2001, p. 28.

⁵ Pastor, “Cortés”, 2016, pp. 91-114.

ni qué hacían. Se refieren a las conductas crueles y perversas del capitán general, a veces también a las de sus soldados; dan luz acerca de la manera como adquirieron y usaron los tesoros rescatados; abordan los pleitos entre el conquistador y Diego Velázquez, Pánfilo de Narváez y sus seguidores; pero —es lógico— únicamente desde la perspectiva española. A quienes legaron testimonios, las reacciones y actuaciones de los pueblos sometidos no les interesa, y cuando incorporan algo relacionado con ellos lo hacen a partir de lo conveniente o adecuado a sus avances militares.⁶ Generalmente, así son las visiones de los vencedores.

Por otra parte, los enemigos peninsulares de Cortés aportan datos relacionados con lo legalmente incorrecto de sus acciones, con la vista puesta en sus ambiciones: oro, plata, tierras, cargos, títulos, honores, mano de obra. Para nada intentan esclarecer en qué consistió el proceso de la Conquista ni los problemas de comunicación con los nativos; menos investigar —porque no era aún llegada la época para ello— en qué consistían sus usos y costumbres; en particular los ritos y las creencias religiosas que dirigían sus actuaciones bélicas.

Es posible que durante sus avances Cortés recibiera informes de sus capitanes y soldados y que los anotara él mismo, pues casi no cita al escribano que debió haber estado siempre a su lado y que, como se sabe por las *Cartas*, perdió todos sus papeles en la apresurada huida de Tenochtitlán a causa de los ataques indígenas que en última instancia el capitán general atribuye a Pánfilo de Narváez. Es posible también que antes de redactar, el capitán extremeño meditara, hiciera apuntes y buscara la coherencia interna de sus escritos, así como sus “gradaciones dramáticas”; todo para impresionar al rey, ensalzar su figura y lo correcto de su actuación. El resultado es un relato lleno de invenciones, acomodados, exageraciones, silencios, falsedades y tergiversaciones, es decir, una primera organización de los hechos, inteligible sí, pero más cercana al mito que a la historia.

Como apuntó el historiador Ramón Iglesia y retomó José Luis Martínez, los textos de Cortés

⁶ Véase, por ejemplo: Vázquez, *Relación*, 1990, pp. 471-491.

se caracterizan por la sobriedad, la parquedad y la mayor atención en las acciones humanas que en la geografía y el paisaje; no muestran gran precisión, tampoco se detienen suficientemente en describir lo que su autor observa.⁷ Corresponden a su momento histórico, en especial, a la personalidad de los caudillos que necesitan acumular méritos para cambiar de estatus social. El conquistador las elaboró conforme sus experiencias, educación e intereses mundanos a tal grado evidentes que antes de terminar de arrasar el centro ceremonial de México-Tenochtitlán él mismo asegura estar pensando —como los descubridores de su época— en sus próximas expediciones (a las Hibueras y las Molucas), en busca, no de curiosidades, conocimientos o gente para evangelizar, sino de lo mismo que lo ha movido antes: oro, ¿mujeres? y fama.

Aunque los escritos de Cortés constituyen la esencia del mito fundacional de México, no son pura invención, a pesar de su carga subjetiva y de los “modelos ficcionales” subordinados al “proyecto de fama, gloria y poder” que crea;⁸ ningún mito lo es. Una parte remite a la realidad. El conquistador no pudo prescindir totalmente de los acontecimientos vividos que debía transmitir a sus receptores (el rey y los funcionarios de la corona) y sí cumplir la función explicativa esperada por el círculo cultural al que se dirigió. Como testigo de los hechos, su testimonio no es creíble —hasta hoy en día hay que dudar de los producidos por los comandantes de un ejército—, pero tampoco es plenamente increíble, pues aún el más mentiroso sabe que, si quiere ganar la confianza de sus interlocutores, debe tomar la realidad como punto de partida y sustento. Es posible que él y sus soldados procedieran a la matanza de poblaciones desarmadas, que recurrieran a la tortura física, a la mutilación de manos, orejas y narices, a la quema de pies y manos (el caso de Cuauhtémoc y otros señores), al ahorcamiento, al acuchillamiento, al envenenamiento, a la quema en la hoguera de

los traidores y al herraje de los esclavos.⁹ Así lo afirman con “naturalidad” Cortés y los juicios de residencia de sus amigos y enemigos, principalmente los aliados de Velázquez. En un primer momento, estas conductas bárbaras no fueron motivo de mayores castigos por parte de la corona española y los defensores de la “guerra justa” —como se aprecia en la obra de Juan Ginés de Sepúlveda—. Ellos justificaron la violencia en virtud de la misión revelada por Dios para erradicar la herejía, el paganismo y para vencer al Demonio. Solo más tarde, Bartolomé de las Casas y otros escolásticos salmantinos y religiosos con inclinaciones humanistas la reprobarían, detonando el conflicto teológico-político que obligaría a discutir lo tocante al mundo indígena en las Controversias de Valladolid (1550-1551).

Para conservar su ascendiente entre la población indígena, evangelizarla y dirigirla, el clero regular añadió al mito cortesiano lo que hoy se difunde como la “visión de los vencidos”; aparentemente la otra cara de la medalla de la Conquista de México, elaborada por religiosos que nunca dejaron de observar con horror las culturas precolombinas. A mediados del siglo XVI, en la confección de esta versión del mito influyeron las decisiones del Estado español de frenar las ambiciones de los encomenderos y seguir como política imperial la desprendida de la escolástica tomista adoptada por la Escuela de Salamanca, la cual influyó en los acuerdos del Concilio de Trento.

La “visión de los vencidos”, que de alguna manera está presente en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas, se vincula con el *Códice Florentino* de Bernardino de Sahagún y la *Historia de las Indias* de Diego Durán. Los frailes que refirieron el sufrimiento indígena, asegurando haber tomado como sustento para su elaboración lo informado por los “naturales” que habían vivido tanto los últimos años de la época prehispánica como el proceso de la Conquista española, no aportan datos que permitan comprobar que sus informantes presenciaron lo ocurrido. En caso de haberlo hecho, cabría preguntar con qué formación,

⁷ Martínez, *Hernán*, 1990, p. 845.

⁸ Pastor, *Segundo*, 2008, p. 188. Por reconocer la existencia de la realidad sólo al nivel del lenguaje, esta autora no aclara la relación dialéctica existente entre ficción y realidad, experiencia y pensamiento.

⁹ Esto se desprende de los relatos cortesianos que analiza Friederici, *Carácter*, 1987, pp. 323-400.

desde qué ángulo, cuál fue el entramado lingüístico, religioso y cultural que les permitió comprender y comunicar las características de su antigua cultura y comunicarse con los de la nueva, entre otras cosas porque, al organizar —acomodar— su lengua a la gramática latina y tener que dar cuenta de otras relaciones sociales, se convirtió —aunque conservara el mismo vocabulario y algunos giros lingüísticos— en otra lengua.¹⁰ En este sentido, en la obra de Diego Durán se percibe con extrañeza cómo los pretendidos autores indígenas de los textos que le sirvieron de base (la *Crónica X* y las relaciones de Azcapotzalco, Coyoacán y Texcoco) se escandalizan de lo que aseguran fueron sus propias creencias y prácticas religiosas: los sacrificios humanos, la ingesta de carne humana, la impregnación de los templos con sangre, etc.¹¹ En las crónicas de evangelización esto podría corresponder con informantes que pudieron presenciar los hechos de la Conquista cuando eran niños o jóvenes, pero que, al recibir los fundamentos de la doctrina y la moral cristianas,¹² ya no captarían el sentido de las costumbres de sus progenitores. De ahí que valoren su mundo con prejuicios y vergüenza. Agregan violencia y sentimientos de miedo y horror, pero, de todos modos, la sucesión de episodios y batallas ocurridas durante la Conquista coincide con lo narrado por Cortés.

El relato de la Conquista de México, básicamente elaborado por su principal protagonista, fue conservado en la época colonial en pro de la monopolización del saber y el cuidado de la memoria que correspondió a las prerrogativas de la iglesia y la corona españolas. Las modificaciones interpretativas que se registraron a fines del siglo XVI y durante el siglo XVII en las versiones ofrecidas por los criollos novohispanos (Suárez de Peralta, Diego Muñoz Camargo, Alva Ixtlilxóchitl, etc.) se inclinaron a reprobar la violencia conquistadora y a suavizar la oposición entre vencidos y vencedores, entre co-

lonialistas y colonizados, equilibrando el valor y la riqueza de las culturas sobrevivientes de ambos lados del Atlántico. En virtud de que tales modificaciones atañen básicamente a cuestiones de índole formal, la minimización de los considerados hechos ominosos de las incursiones españolas y de las consideradas costumbres pecaminosas de las sociedades prehispánicas no consiguió ser convincente. Las defensas maniqueas y apasionadas de unas u otras formas de vida se siguieron confrontando sin que, después de la Independencia de México, la historiografía liberal y nacionalista de los siglos XIX y XX investigara a fondo lo dicho por Cortés y lo repetido por las crónicas e historias. Estos discursos guiados, consciente o inconscientemente, por intereses políticos e ideológicos tendieron a dejar sin alteración el mito de la Conquista.¹³

LA COLECTIVIZACIÓN DEL MITO

La conciencia de la autoría individual y el robo intelectual se empezaron a desarrollar en España en el siglo XVI. No obstante, el plagio siguió siendo una práctica de herencia medieval comúnmente aceptada. No ameritó castigo. Al contrario, muchas veces se elogió por considerarla parte de la erudición. Los autores copiaron unos de otros sin citarse, lo que dio lugar a versiones emparentadas: alguien podía copiar el texto original y un tercero copiar a ese copista, sin tener idea de la existencia del original. La repetición de la primera versión de los hechos, al ser asumida directa o indirectamente por otros, se arraigaba y colectivizaba de tal manera que se instituía como la “verdad” y la autoridad. De este modo, cuando las publicaciones empezaron a proliferar, gracias a la imprenta, en las crónicas se percibieron numerosas copias textuales.¹⁴

¹⁰ Briesemeister, “Latín”, 2002, pp. 524-548.

¹¹ Durán, *Historia*, 1984, vol. 2, cap. XVIII, pp. 171-172.

¹² Frecuentemente fueron educados bajo la amenaza de severos castigos, como se estilaba en aquella época, en las escuelas instaladas por los frailes para convertir primero a los hijos de los grandes señores mexicanos.

¹³ Rozat, *Repensar*, 2013, pp. 57-79.

¹⁴ Un ejemplo de repetición es atribuir, como hacen Gómara, Bernal, Cervantes de Salazar y Juan de Torquemada, la introducción de la viruela en territorio mesoamericano a un esclavo negro traído por Pánfilo de Narváez, cuando el oidor Vázquez de Ayllón habla de la existencia de esta enfermedad desde el arribo de Grijalva a Cozumel. Miralles, *Hernán*, 2001, p. 269.

Dado que en la España del siglo xvi existía conciencia del valor superior de las narraciones basadas en lo visto y lo vivido, las crónicas insisten en que fueron testigos presenciales quienes les confiaron “la verdad”. Sin embargo, esta es una fórmula retórica —como tantas otras empleadas en esta época—, pues lo que predomina es la mezcla de ficción y realidad, de determinaciones providenciales y hechos empíricos, de testimonios orales y fuentes escritas. El investigador actual debe detectar esta mezcla para deslindar las primeras impresiones de aquellas transmitidas de boca en boca con sus correspondientes inventos y desfiguraciones. Asimismo ha de tomar en cuenta que todo mito busca la cohesión del grupo receptor y la justificación del proceder pasado de sus protagonistas o figuras heroicas a fin de legitimar las normas, las leyes y el poder instituido en el presente. Así, la construcción y conservación del mito sigue un proceso de constante colectivización y validación. Ningún mito es estático; sus distintas versiones confirman su dinamismo.

Cortés salió de Cuba con dirección a la América continental rodeado de parientes y amigos, sobre todo extremeños y andaluces que compartían con él la cultura forjada al calor de los procesos de reconquista de la península ibérica; de obligada conversión al cristianismo de moros y judíos, y de aplicación de castigos mortales a brujas, sodomitas y delincuentes. Otros allegados del conquistador eran sus amigos y confidentes, procedían de pueblos o ciudades cercanas a Medellín, y pertenecían a familias emparentadas entre sí.¹⁵ Todos ellos, junto con sus acompañantes y sirvientes, estaban imbuidos del *esprit de corps* o compañía militar de la época que reclamaba la fidelidad y la solidaridad entre sí y hacia el jefe. Excepto los soldados antes citados (Tapia, Bernal y Aguilar), tal vez forzados por el mismo conquistador, ninguno de ellos mostró deseos de escribir los episodios de la Conquista, porque, si no eran analfabetos, no estaban interesados en dejar consignado algo. Esperaban que su líder, como máxima autoridad, avalara sus acciones y gestionara para ellos las recompensas que desde su embarco en

Cuba les había prometido. En estas circunstancias, aceptarían lo contado y escrito por Cortés como “verdad” incuestionable y, en tanto miembros de la misma corporación, cooperarían en la construcción de una única versión de los hechos, a fin de evitar confusiones, tergiversaciones y contradicciones que pusieran en peligro la exención de impuestos y la adquisición de encomiendas, oro, plata y piedras preciosas, que consideraban merecer.

El *esprit de corps* permitió que, a su arribo a tierras mesoamericanas, Cortés pudiera instituir, ante la falta de una base legítima, un gobierno en la Villa Rica de la Vera Cruz, y colocarse como el representante de los hombres de negocios que habían invertido en la expedición y de los soldados a sueldo y los indios obligados a sumarse a su compañía.¹⁶ La capacidad visionaria de él y sus aliados más cercanos explica la fundación, en este sitio, de una institución presidida por autoridades sumisas e incondicionales a él: alcaldes y regidores lo elegirían dirigente supremo (capitán general y justicia mayor) mediante una votación. Al constituir esta primera “ciudad”, apropiarse de las tierras ocupadas y erigir un aparato de impartición de justicia, la posibilidad de resguardo militar quedó garantizado, aunque también se evidenció la traición de Cortés a Diego Velázquez (quien le había confiado la expedición), y la usurpación del poder, en tanto actuaba sin consentimiento del rey. Estos hechos narrados por el mismo conquistador denotan su futuro comportamiento: su ambición desmedida, sus inclinaciones autonomistas, la recurrencia a la mentira, al engaño, a la simulación y el disimulo, y, por otro lado, su calidad superior, en tanto letrado con experiencias (principalmente en Cuba) en el control, la esclavización y la dominación.

Con el uso efectivo de la retórica o arte de la persuasión, de la teatralización y la manipulación, Cortés convenció a sus parientes, amigos y sirvientes de conformar una comunidad unida por la lealtad y la obediencia al caudillo. Esto lo combinó con la imposición del miedo, y a veces del terror, entre quienes lo traicionaran, impugnaran o pretendieran

¹⁵ Como las familias de Gonzalo de Sandoval, Juan Gutiérrez Escalante, Alonso de Grado y Pedro de Alvarado.

¹⁶ Más adelante, una vez reconocido por el rey, intentaría quedarse como el “dueño absoluto de México”. Grunberg, “Relaciones”, 1983, p. 303.

retornar a Cuba, y entre quienes intentaran renunciar a la empresa o disentir por su desacato a Velázquez. De esta manera, aunque su expedición buscara más que la guerra el rescate del botín,¹⁷ el capitán general logró la unión en torno a sí de sus soldados¹⁸ y, como en todo momento el reparto del oro y otras riquezas fue su fin principal, el extremeño acordó con sus demás capitanes —en parte a causa de los gastos realizados en Cuba para preparar la expedición— que le dieran la quinta parte de lo obtenido, después de apartar el quinto real. No obstante, a menudo les mintió, escatimó los recursos y se quedó con la mayor parte del oro correspondiente a sus soldados y al rey. Algo explicable por la acusada obsesión por el dinero que en aquel entonces compartían comerciantes, empresarios, clérigos, funcionarios y aventureros con aspiraciones de enriquecimiento rápido.

Las condiciones antedichas fueron propicias a Cortés para ofrecer una sola versión de lo ocurrido; no obstante, además, cuidó tanto la forma como el contenido de lo escrito. Vigiló que se atuviera a las reglas de la gramática, la retórica y el derecho que regían en aquel momento la composición de cualquier texto digno de consideración. Esto seguramente lo aprendió en sus estudios en Salamanca (aunque nunca pasó por la Universidad de Salamanca), los cuales reforzó con sus experiencias autodidactas. Interesado en que el rey, las autoridades y los funcionarios de la corona recibieran el relato adecuado —en aquel entonces sinónimo de “verdadero”¹⁹—, es posible suponer que impidiera que otros narraran lo acontecido, si es que alguien lo intentó. Y si, como se desprende de sus propias *Cartas*, no siempre actuó conforme a las normas, dejaría que su imaginación se ocupara de adaptar lo ocurrido a lo conveniente de informar a la corona.

Lo planteado hasta aquí apunta en dirección a la colectivización de un relato mítico cuyos fundamentos los proporciona Cortés, quien, simultáneamente, impide la difusión de una versión distinta de la suya cuando organiza las probanzas de

los hechos, por ejemplo, para justificar el ataque a Pánfilo de Narváez y minimizar los sucesos que pudieran acarrearle problemas, y cuando consigue que los tres franciscanos (Motolinia, Pedro de Gante y Luis de Fuensalida) estudien el interrogatorio del juicio de residencia y respondan solo tres preguntas en favor de la incuestionable fidelidad y los servicios de Cortés al rey.²⁰ Aún más, mediante sobornos y recompensas, como la cesión de esclavos, bienes y mujeres, y de promesas de tierras y sirvientes en encomienda, el caudillo gana —aunque fuera provisionalmente— la fidelidad de sus seguidores. Es posible que, para ello, les diera dinero en secreto a sus capitanes y es seguro que, a partir de 1525, enviara dinero a España a su padre para comprar a algunos funcionarios del Consejo de Indias a fin de que promovieran su nombramiento como adelantado y él obtuviera su escudo de armas.²¹ Cosa que hará directamente más tarde.

También los enemigos de Cortés colectivizarían un relato único para acusarlo de permitir todo tipo de crueldades y tropelías.

LA PROYECCIÓN DE LA PROPIA REALIDAD EN “EL OTRO”

La personalidad de los conquistadores de América se caracterizó por la volubilidad e inestabilidad del carácter de los hombres medievales o premodernos. Las luchas que habían sorteado los castellanos durante el siglo xv, sus habilidades como cazadores de esclavos y saqueadores fue, en parte, lo que enseñaron a sus hijos. La valentía, la tenacidad, la soberbia, la insolencia, la felonía, la rapacidad, el desprecio por los demás, la obsesión por el botín, la violación de las mujeres habían sido maneras medievales de guerrear, típicas del espíritu de Cruzada: de “aquella curiosa amalgama de la religión y de los peores apetitos humanos, del espíritu de caballería y del espíritu apostólico”.²² Esto denotan las cartas, los

¹⁷ Redondo, “Organización”, 1985, pp. 96-97.

¹⁸ Grunberg, “Relaciones”, 1983, pp. 301-314.

¹⁹ Cabrera, *Historia*, 1948.

²⁰ Martínez, *Hernán*, 1990, pp. 278, 598.

²¹ Martínez, *Hernán*, 1990, pp. 459-460; Thomas, *Conquista*, 1994, pp. 372, 396.

²² Friederici, *Carácter*, 1987, vol. 1, pp. 332-333.

informes y otros testimonios que ignoran o invisibilizan al “otro” para convertirlo, con una buena dosis de fantasía e imaginación, en un ser que comete los mismos o más graves pecados que los españoles.

La no contemporaneidad de las culturas americanas e hispanas que entraron en relación impidió la mutua comprensión. Las analogías o las coincidencias que algunos soldados y frailes españoles afirmaron encontrar son dudosas ya que, como otras conquistas, la de México fue un caso de confrontación de distintas racionalidades, es decir, de diversas maneras de disponer el orden de las cosas y los discursos. Por otra parte, ninguna sociedad cambia de un día para otro de religión (de creencias, prácticas y representaciones sagradas), menos en forma entusiasta como aseguraron quienes debían justificar la dominación. Al contrario, si la conquista fue rápida, se debió a la tremenda catástrofe que produjo (violencia acompañada de epidemias, enfermedades, suicidios, etc.) y, si hubiera sido fácil, los peninsulares y sus descendientes no se habrían preocupado ni combatido las idolatrías hasta muy entrado el siglo XVIII.

Los cimientos puestos por Cortés al mito de la Conquista incluyen —como en cualquier otro mito— una imagen disminuida, fragmentada y tergiversada de la estructura social y el funcionamiento del “otro”. Esto se pone en evidencia, por ejemplo, cuando describe sus encuentros con Moctezuma, los cuales la mayor parte de la historiografía contemporánea ha repetido como “ciertos”. Según el conquistador extremeño, él entabla con el supuesto “emperador mexica” una estrecha relación, amistosa por momentos, similar a la que entablaría cualquier “diplomático” de la época con otro gobernante.²³ Las abismales diferencias entre lenguas y culturas no juegan ningún papel en sus exposiciones, porque el capitán general escribe para mostrarle al rey sus dotes políticas, sus atinadas estrategias y su poder de convencimiento de los enemigos. En sus *Cartas*, Cortés monta un teatro que dota al gobernante mexica de una imagen de emperador europeo. Y como lo que sabemos de Moctezuma es solo por

Cortés, no es posible llegar a la conclusión de decir, como lo hace José Luis Martínez, que si en lugar de Moctezuma el señorío mexica lo hubiera gobernando “un hombre menos supersticioso y engreído, un guerrero decidido a defender su patria —como Xicoténcatl el joven o como Cuauhtémoc— la Conquista entonces no hubiese sido posible.”²⁴

¿Qué pudo haber significado la guerra para las culturas prehispánicas? ¿Se permitía el ataque a las poblaciones civiles? ¿Era la fuerza militar la base del poder mexica, como lo interpretaron los españoles? ¿Iba la guerra acompañada con elementos astronómicos, mágicos y religiosos? ¿Qué papel jugaban los dioses, los sacrificios y la ingesta de carne humana? ¿Se podía sacrificar y comer a los prisioneros, es decir, carne humana, sin rituales, protocolos ni parafernalia?, ¿en qué circunstancias? La ausencia de relaciones y experiencias con pueblos semejantes dan lugar a que las crónicas del siglo XVI y las historias posteriores no respondan cabal ni claramente preguntas como éstas y presenten huecos y contradicciones. Una de ellas es la indistinción entre sacrificios humanos, asesinatos y muerte en la guerra, así como entre ingesta de carne humana sacralizada e ingesta por gula o hambre.

La desacralización del mundo prehispánico empieza en los textos de Cortés y continúa en los de los cronistas subsiguientes. En perspectiva histórica significa inclinarse por una estrategia comúnmente utilizada por los vencedores cuando están convencidos de que la suya es la cultura superior y su religión la única y verdadera. La desacralización del otro supuso la lectura, en clave cristiana, de la multiplicidad cultural y moral de los pueblos descubiertos para hacer efectiva la uniformización del denominado “mundo indígena”.

En un inicio, la búsqueda por trasladar el pasado mexica a fórmulas hispano-cristianas obedeció a la compleja situación producida por el conflicto de intereses entre los defensores y los detractores de Cortés; los civiles ansiosos de nobleza y riqueza; y los futuros encomenderos y religiosos ávidos de organizar a la población indígena. Por tal motivo, es posible

²³ Cortés, *Cartas*, 1985, pp. 55-56.

²⁴ Martínez, *Hernán*, 1990, p. 40.

que al calor de la violencia desencadenada para lograr la caída de México-Tenochtitlán, Cortés y sus soldados permitieran —les convenía para aterrar más a los mexicas— que los tlaxcaltecas mataran, saquearan, incendiaran y se entregaran a la “antropofagia bestial” de los poblados aledaños.²⁵ Pero sería importante preguntar en qué casos las sociedades que tienen el sacrificio humano como culto religioso central recurren con facilidad a ingerir carne humana fuera de algún ritual. Al respecto Juan Miralles ha afirmado:

La antropofagia es un capítulo que muchos autores prefieren pasar por alto pero no se puede andar a vueltas con la Historia. El testimonio es unánime, tanto de fuentes españolas como indígenas. No se trataba de una antropofagia ritual, sino de un canibalismo que podría etiquetarse de gastronómico, y que se encuentra perfectamente documentado.²⁶

¿Cómo puede proceder una “perfecta documentación” de fieles convencidos de otra religión, o sea, de cristianos españoles o indios cristianizados que identifican cualquier forma de sacralización distinta de la suya con una herejía, o un acto pagano pecaminoso?²⁷ Si, como se afirma, los antiguos pobladores mataban niños, los cocían y comían²⁸ ¿qué niños, qué sacerdotes o sacerdotisas efectuaban este rito, a qué tipo de culto pertenecían, en relación con qué dioses o diosas lo practicaban, bajo qué circunstancias?

La identificación de analogías o similitudes presentes en las crónicas y conservadas en la historiografía poscolonial corresponden al método de conocimiento de la escolástica tardomedieval, enseñado por los eclesiásticos en los colegios y las universidades hispanoamericanas. Por tal razón, no puede afirmarse, como hace Hugh Thomas, que “Tanto los enemigos como los amigos de los mexicas aceptaban este derramamiento de sangre y la ingestión ritual de los miembros de las víctimas sacrificadas. Al parecer, a la población le fascinaban la espectacu-

laridad, la belleza y el terror del acontecimiento.”²⁹ Tampoco es posible aceptar sin reserva que los mexicas compartían con los cristianos la idea de la salvación, pues los sacrificados “tenían asegurado un lugar en una mejor vida después de la muerte (en Omeyocan), el paraíso del sol.”³⁰

Lo captado por Sahagún, Durán y otros frailes como “religión de los mexicas” corresponde a cristianos españoles carentes de experiencias directas con las formas de vida y la organización de las sociedades prehispánicas, en especial con formas religiosas diversas y dispersas,³¹ puesto que en el siglo XVI ni en España ni en América existían visiones integradas del mundo. Como una vieja táctica de acercamiento y evangelización, estos religiosos incorporaron en las distintas religiosidades, costumbres y valores del paganismo o del cristianismo europeo. En este sentido, se tiende a difundir la idea de que: “La filosofía moral de los antiguos mexicanos se conserva principalmente en los *huehuetlatolli* o pláticas de los ancianos [...] admirables por su ternura y sabiduría y por su conocimiento de las pasiones humanas.”³² Pero, si se analiza con detenimiento, la virginidad, la castidad, la monogamia, el celibato, la prostitución, la confesión, así como los vicios y las virtudes asociadas a ellas, corresponden al catolicismo.

Otro ejemplo de desacralización de la vida del “otro” y de inculturación, inoculación o sustitución de elementos prehispánicos por elementos católicos se advierte tanto en las crónicas como en las historias poscoloniales cuando separan lo sacro de lo profano y lo civil de lo religioso. Se habla del emperador mexica, de los miembros de su consejo supremo, de la nobleza, de la pena de muerte para algunos guerreros por adulterio, del “qué dirán”, etc.³³ O sea, los escritos trasladan lo propio a lo ajeno y asignan la estratificación política de las monarquías europeas y las normas de conducta de la estructura patriarcal cristiana al mundo que les es extraño.

²⁵ Martínez, *Hernán*, 1990, p. 288.

²⁶ Miralles, *Hernán*, 2001, p. 191.

²⁷ Miralles, *Hernán*, 2001, p. 191.

²⁸ Miralles, *Hernán*, 2001, p. 192.

²⁹ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 53.

³⁰ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 52.

³¹ Pastor, *Segundo*, 2008, pp. 17-23.

³² Martínez, *Hernán*, 1990, p. 35.

³³ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 46.

Los recursos empleados por los cronistas coloniales para explicar lo ajeno son comprensibles porque corresponden con su tiempo, pero no pueden serlo para los historiadores contemporáneos, pues implicaría aceptar que en el México prehispánico existía la propiedad privada, la monogamia, la estratificación sociopolítica de herencia medieval, los títulos de nobleza, las órdenes de caballería... en suma, las mismas instituciones, valores y aspiraciones que en el mundo europeo, o algo muy parecido. Hugh Thomas, por ejemplo, reproduce la calificación de la mala mujer dada en el *Códice Florentino*, como “mujer galana y pulida y con esto muy desvergonzada, y a cualquier hombre se da, y vende su cuerpo, por ser muy lujuriosa, sucia y sinvergüenza, habladora y muy viciosa en el acto carnal”. No se percata que esta imagen corresponde a un juicio que bien pudo haber salido de un teólogo cristiano,³⁴ pues desconocemos las relaciones de parentesco y entre los géneros que predominaron en el mundo prehispánico. Las coincidencias entre las prostitutas mexicas y españolas (se adornan, pavonean, tiñen los dientes, sueltan el pelo, llaman con la mano y quieren que las codicien...),³⁵ así como las múltiples interpretaciones del mundo indígena a la luz de lo que se sabe del mundo pagano, delatan el desconocimiento por parte del clero español del objeto a cristianizar. Por ello sorprende que, en otra parte de su historia de la Conquista, Thomas transcriba acríticamente las fuentes del siglo XVI y admita que

La posición social de las mujeres era al menos comparable a la de las europeas de la época. Podían poseer propiedades y recurrir a la justicia sin permiso de su marido. Desempeñaban un papel en el comercio y podían ser sacerdotisas, aunque no les estaba permitido llegar al nivel más alto. Como en Europa, la posición social de la esposa o de la madre afectaba el derecho de un hombre a un cargo; el cargo se transmitía a veces a través del hijo de una hija y, ocasionalmente, la mujer podía tener un título.³⁶

³⁴ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 46.

³⁵ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 331.

³⁶ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 43.

LA MEDIEVALIZACIÓN DEL “INDIO”

En relación con las conductas de Moctezuma y su comunidad y las reacciones registradas en su palacio ante el fracaso de los magos y hechiceros enviados para perturbar a los españoles, Hugh Thomas ha aceptado que “la actitud cobarde” de Moctezuma suscitó la indignación popular narrada por Cortés y, sin cuestionamientos, ha transcrito el fragmento donde éste afirma que en momentos difíciles a un hombre se le oyó exclamar: “¿Qué es lo que dice el puto de Motecuhzoma? ¡Ya no somos sus vasallos!”³⁷ El historiador inglés no observa que este tratamiento homofóbico pertenece al código moral cristiano del momento; algo incompatible con la idea de la sexualidad que muestran los restos arqueológicos prehispánicos (estatuillas de genitales y símbolos de la fertilidad, la reproducción, etc.). En otra parte, este mismo historiador asevera, y los relatos actuales de la Conquista lo repiten, que, tras descubrir un gran tesoro en el palacio de Axayácatl, compuesto de joyas e ídolos de oro, plumas y algunos objetos de jade, platos y tazones, Moctezuma le dijo a Cortés que guardara el oro, pero no las plumas, porque eran propiedad de los dioses.³⁸ ¿No es extraño que una comunidad dominada por la religión, probablemente miedosa y cautelosa, regalara sus ídolos de oro a unos recién llegados? Y afirma que la intención de las “horribles” figuras de los dioses mexicas era “aterrorizar”. ¿Significa esto que los mexicas compartían con los occidentales los mismos valores estéticos para identificar la idea cristiana del mal y el imperio del Demonio?³⁹

Las conductas que se han atribuido a Moctezuma son ficciones e incongruencias. Se afirma que era el “sumo sacerdote” y con él aumentaron los sacrificios humanos⁴⁰ y que los mexicas lo consi-

³⁷ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 437.

³⁸ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 343.

³⁹ Rozat, *América*, 1995.

⁴⁰ Todo parece indicar que la costumbre bélica europea de llegar a un lugar y masacrar al mayor número de pobladores para aterrorizar a los sobrevivientes se puso en práctica en la Conquista de México. Pero, como a principios del siglo XVI las leyes hispanas y las normas cristianas la reprobaban, Cortés se vio obligado constantemente a justificar en sus cartas las matanzas. Por lo tanto, no

deraron un ser semidivino, aunque no fuera objeto de culto, ni México fuera una teocracia.⁴¹ Fue “un sumo sacerdote que dominaba el conocimiento de los calendarios”,⁴² “un monarca supremo con obligaciones religiosas”⁴³ y “nuestro señor y el dios que nos da mantenimiento”.⁴⁴ ¿El emperador era un ser semidivino, sumo sacerdote y monarca supremo —una especie de Papa en términos europeos— o “nuestro señor y el dios” —algo equivalente a Jesucristo y rezar a la manera cristiana? Esto es, ¿era un dios que rezaba? y ¿lo hacía a un único Dios?⁴⁵ ¿Corresponden estas conductas a alguien rodeado de sacerdotes que sirven a “unas mil doscientas divinidades en total”, entre las cuales eran principales el omnipresente Huitzilopochtli, el caprichoso Tezcatlipoca, el dios de la lluvia Tláloc y el muy humano Quetzalcóatl?⁴⁶

El complejo religioso mexica que se desprende de las crónicas españolas y reproduce la historiografía contemporánea no es inteligible porque sus autores han organizado la narración con fragmentos que se han difundido como un pasado verdadero. Por tal razón, los sacerdotes mexicas aparecen como ascetas célibes católicos y cada oficio posee su propia divinidad, en torno a la cual funciona una especie de cofradía o gremio medieval. Además, en las casas hay un solo altar de la diosa mayor de la tierra, Coatlicue,⁴⁷ como si fuera el altar familiar de la virgen María.

En el mismo sentido, cabría preguntar si los mexicas habían conocido realmente la gran profecía⁴⁸ que supuestamente tradujo Marina o la Malinche. La traducción que ella y Gerónimo de Aguilar van efectuando a lo largo de la Conquista de México es apenas mencionada por Cortés; en cambio, al parecer, añadido posteriormente por Bernal y otros

cronistas para evitar las inconsistencias y mejorar la credibilidad del relato.⁴⁹ Junto con el retorno de Quetzalcóatl se asegura que los gobernantes mexicas habían tenido visiones de hombres blancos y barbudos con estandartes y yelmos, barcos grandes, pájaros con cabeza de hombres, columnas de fuego, espejos, que acabarían con los señores.⁵⁰ José Luis Martínez explica que “Cortés se enteró oportunamente de la profecía y la aprovechó con discreción”.⁵¹ Pero, si los mexicas confundieron a Cortés con un dios, ¿no es más lógico pensar que la profecía fuera una invención de los conquistadores, tal vez sembrada por el mismo jefe de la expedición, y aprovechada y reconstruida por los cronistas civiles y religiosos más adelante, tras la caída del México-Tenochtitlán, para afianzar la idea de que la verdad de la Revelación cristiana se evidenciaba y el destino del nuevo continente estaba providencialmente trazado?

En el mito fundacional de la Conquista de México, se inventaron y acomodaron los hechos para convertirlos en verdades que ayudaran a transmitir una gran gesta que formaría parte de mitos cristianos mayores que anunciaban la conversión mundial en virtud de la paulatina Revelación del mensaje evangélico. Como una estrategia de engrandecimiento propio y de convencimiento de los sometidos, conquistadores y evangelizadores se presentan como representantes del “pueblo elegido” —algo frecuente en los mitos de la expansión imperial de todos los espacios y los tiempos—. De ahí que se afirme que los mexicas identificaron a Quetzalcóatl con Cortés, es decir que esperaban a una especie de mesías, que ubicaran la llegada de los españoles a la Villa Rica de la Vera Cruz en el año 1-caña (el de Quetzalcóatl) y entraran en la capital del “imperio” mexica el día 1-viento (el signo de Quetzalcóatl).⁵²

es descabellado pensar que la locura de sacrificios humanos atribuida a mexicas y tlaxcaltecas fuera una fórmula para explicar la razón de los cuantiosos muertos.

⁴¹ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 37.

⁴² Thomas, *Conquista*, 1994, p. 221.

⁴³ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 222.

⁴⁴ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 436.

⁴⁵ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 343.

⁴⁶ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 37.

⁴⁷ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 38.

⁴⁸ Miralles, *Hernán*, 2001, p. 166.

⁴⁹ El asunto de la traducción y la comunicación amerita abordarse especialmente porque, aparte de las dificultades que imponen las profundas diferencias en las lógicas culturales que se enfrentan, se hallan las muy distintas lenguas de los pueblos que los conquistadores fueron encontrando a su paso, para cuya traducción el maya y el náhuatl de los traductores fueron seguramente insuficientes.

⁵⁰ Martínez, *Hernán*, 1990, p. 35.

⁵¹ Martínez, *Hernán*, 1990, p. 35.

⁵² Thomas, *Conquista*, 1994, p. 325.

En versiones poscortesianas, el mito de la Conquista afirmará que en el avance de Cortés hacia Tenochtitlán, los mexicas dejaron de identificarlo con Quetzalcóatl por su brutalidad y son de guerra, y se inclinaron a ver en él a “Tezcatlipoca o incluso Huitzilopochtli”.⁵³ ¿Es creíble que “Tezcatlipoca, el “espejo humeante”, el dios que, a diferencia de los demás dioses, era omnipotente y había embaucado a Quetzalcóatl haciéndolo salir de Tollan”, comparta los comportamientos del Demonio: guste “engañar a la gente”; estimule “el vicio y el pecado”; sea arbitrario y violento y pueda ofrecer “riqueza, heroísmo, valor, dignidad, autoridad, nobleza y honor”? Sin negar la existencia de dioses y representaciones del mal en casi todas las religiones, ¿no responden los valores y el comportamiento de este dios a la dicotomía cristiana del bien y el mal, encaminada a establecer lo mejor y lo peor de la Conquista? Además, se decía que Tezcatlipoca había creado cuatrocientos hombres, “aproximadamente el mismo número de hombres que acompañaron a Cortés”, y mujeres hermosas, con el objetivo concreto de satisfacer el hambre del sol por la sangre y el corazón humanos. Le interesaba la riqueza y se le relacionaba con las enfermedades de la piel. Es decir, en su figura profética se reproduce casi todo lo que hacen los crueles conquistadores (buscar oro desesperadamente, contagiar a los indios de viruela, abusar de la violencia).⁵⁴ ¿Las coincidencias entre Tezcatlipoca y Cortés (el conquistador malvado de “la visión de los vencidos”) responderán al interés de los frailes cronistas de corregir el mito para denostar al extremeño y a sus secuaces soldados y encomenderos o realmente los pobladores americanos de la época prehispánica creían en un dios que compartía los valores y las aspiraciones de los caudillos hispano-medievales: riqueza, heroísmo, valor, dignidad, autoridad, nobleza y honor?

EN SUMA

Aunque de ningún modo el testigo ocular garantiza la veracidad de lo ocurrido, la mayor aproximación a la realidad histórica se obtiene del cruce y la valoración cualitativa de la mayor cantidad de fuentes, testimonios y restos materiales e inmateriales producidos en el momento en que acaecieron los hechos.⁵⁵ Es cierto que, con el propósito de describir de la manera más extensa, completa y puntual cada situación, los antropólogos e historiadores contemporáneos han recurrido a numerosos escritos (Hernán Cortés, López de Gómara, Bernal Díaz del Castillo y Bernardino de Sahagún son los principales, seguidos de crónicas, cartas, relaciones, informes, probanzas y juicios de residencia referidas con menor frecuencia). Pero el mayor problema de sus interpretaciones ha sido no aclarar en forma sistemática qué tomó una de otra,⁵⁶ no distinguir a los que vieron y vivieron los acontecimientos de quienes los narraron posteriormente a partir de otros testimonios orales, y mezclar, a menudo, las fuentes escritas de los testigos directos con las fuentes escritas de los testigos contemporáneos, pero no oculares de los hechos.

He sostenido antes que las crónicas y los códices coloniales construyeron distintas versiones del mito de la Conquista de México, las cuales conservaron intocados los fundamentos del relato que Hernán Cortés proporcionó en sus *Cartas de relación*. Tanto en los fundamentos como en los ajustes posteriores, este mito, como cualquier otro, contiene fantasías, estereotipos y proyecciones psicológicas

⁵⁵ En el caso de José Luis Martínez, en el relato de la Conquista se incorporan descripciones de la realidad basadas en fuentes ajenas al momento. Por ejemplo, la descripción de Cortés del México-Tenochtitlán se completa con resultados de investigaciones actuales. *Hernán*, 1990, pp. 309-313.

⁵⁶ Estas son las principales fuentes escritas citadas por los tres autores mencionados, aunque no siempre en las mismas ediciones, como se puede advertir en la bibliografía de este artículo: Cortés, *Cartas*, 1985; López de Gómara, *Historia*, 1996; Díaz del Castillo, *Historia*, 1991; Sahagún, *Historia*, 1988; Fernández de Oviedo, *Historia*, 1853; Motolinía, *Memoriales*, 1903; Tapia, “Relación”, 1991; Aguilar, *Relación*, 1954; Vázquez de Tapia, *Relación*, 1990; Conquistador anónimo, “Relación”, 1991; Cervantes, *Crónica*, 2002; Durán, *Historia*, 1984; Tena, *Anales*, 2004; Martínez, *Documentos*, 1993.

⁵³ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 302.

⁵⁴ Thomas, *Conquista*, 1994, p. 222.

y culturales de lo propio español en lo ajeno americano; exageraciones, omisiones, contradicciones e inconsistencias; imágenes que proceden de la historia sagrada, los cuentos, los romances, los poemas y las leyendas medievales, así como experiencias relacionadas con otras conquistas dentro y fuera del territorio castellano. Muchos de estos elementos han sido analizados en numerosos trabajos, pero el relato fundacional de la Conquista no ha sido modificado.

El proceso de deconstrucción del mito de la Conquista de México requiere advertir que la selección y la valoración de las fuentes escritas, los testimonios orales y los restos materiales del pasado empleados en la aproximación a los hechos son deficientes; que la problematización de las circunstancias que rodearon a los productores de las fuentes es insuficiente y que el análisis de sus prejuicios e intereses para poder interpretar los posibles alcances de sus escritos, en cuanto a verosimilitud, plausibilidad, parcialidad, omisión, invención y falsedad, es pobre.⁵⁷ Cerca del aniversario número quinientos de la gesta fundadora de la nación mexicana, con las reflexiones anteriores he tratado de destacar algunas fallas heurísticas y hermenéuticas para contribuir a la elaboración de un relato que problematice y profundice más en torno a lo acaecido a fin de avanzar en el posible esclarecimiento de lo ocurrido.

⁵⁷ Por lo menos en la más difundida versión de la Conquista que se desprende de las obras contemporáneas más extensas, detalladas y que recurren a la mayor cantidad de documentos: Martínez, *Hernán*, 1990; Thomas, *Conquista*, 1994 y Miralles, *Hernán*, 2001. No menciono trabajos difundidos también ampliamente, como el de Todorov, *Conquista*, 1989, porque, a partir de falsos fundamentos como son los relatos españoles, desprende la incompreensión del “otro” y los malos entendidos entre españoles e indígenas. Por ejemplo, creen que los cronistas reprodujeron con fidelidad discursos como los de Moctezuma.

FUENTES

- Aguilar, Fray Francisco de, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, México: Porrúa, 1954.
- Briesemeister, Dietrich, “El latín en la Nueva España”, en Raquel Chang-Rodríguez (coord.), *Historia de la literatura mexicana*, vol. 2, México: Siglo XXI, 2002.
- Cabrera de Córdoba, Luis, *De Historia para entenderla y escribirla*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1948.
- Cervantes de Salazar, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, Barcelona, www.Linkgua.com, 2002.
- Conquistador anónimo, “Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitlan México hecha por un gentilhombre del señor Fernando Cortés”, en *Los cronistas: conquista y colonia*, México: Promexa, 1991.
- Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, México: Porrúa, 1985.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México: Alianza, 1991.
- Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra firme*, 2. vols., México: Porrúa, 1984.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano*, vol. 2, 2ª parte, España: Real Academia de la Historia, Biblioteca Americana, 1853.
- Friederici, Georg, *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*, 2 vols., México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- García Gual, Carlos, *Mitos, viajes, héroes*, México: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Grunberg, Bernard, “Las relaciones entre Cortés y sus hombres y el problema de la unidad en la Conquista de México (febrero 1519-agosto 1521)”, *Revista de Indias*, vol. 43, núm. 171, Madrid, 1983.
- López de Gómara, Francisco, *Historia de la Conquista de México*, México: Porrúa, 1996.
- Martínez, José Luis, *Hernán Cortés*, México: UNAM/FCE, 1990.

- _____, *Documentos cortesianos*, 4 vols., México: UNAM/FCE, 1993.
- Miralles Ostos, Juan, *Hernán Cortés, inventor de México*, Barcelona: Tusquets, 2001.
- Motolinía, Fray Toribio de Benavente, *Memoriales*, México: Casa del Editor, 1903.
- Pastor, Beatriz, *El segundo descubrimiento. La Conquista de América narrada por sus coetáneos (1492-1589)*, Barcelona: Edhasa, 2008.
- Pastor, Marialba, “Cortés y sus fieles repetidores”, en *Historia y Grafía*, Universidad Iberoamericana, año 24, núm. 47, julio-diciembre de 2016, pp. 91-114.
- Redondo Díaz, Fernando, “La organización de la ‘compañía’ indiana de Hernán Cortés”, en *Revista Quinto Centenario*, Madrid, núm. 9, 1985, pp. 87-105, disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/QUCE/article/viewFile/QUCE8585220087A/1812>. (Consulta: 25-09-2017).
- Rozat Dupeyron, Guy, “América, Imperio del Demonio. Cuentos y recuentos”, *Historia y Grafía*, México: Universidad Iberoamericana, 1995.
- _____, (coord.), *Repensar la Conquista. Tomo I. Reflexión epistemológica sobre un momento fundador*, Xalapa: Universidad Veracruzana, 2013.
- _____, “Los relatos de la Conquista de México como hoyo negro de una memoria esquizofrenizante”, en *Historia y Grafía*, Universidad Iberoamericana, año 24, núm. 47, julio-diciembre, 2016, pp. 1-48.
- Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España. Primera versión íntegra del texto castellano del manuscrito conocido como Códice Florentino*, 2 vols., Madrid: Alianza, 1988.
- Tapia, Andrés de, “Relación de algunas cosas de las que acaecieron al Muy Ilustre Señor Don Hernando Cortés Marqués del Valle, desde que determinó ir a descubrir tierra en la Tierra Firme del mar Océano”, en *Los cronistas: conquista y colonia*, México: Promexa, 1991.
- Tena, Rafael (introd., paleog. y trad.), *Anales de Tlatelolco*, México: INAH-Conaculta, 2004.
- Thomas, Hugh, *La conquista de México*, Barcelona: Planeta, 1994 (primera edición: *The Conquest of Mexico*, London: Hutchinson, 1993).
- Todorov, Tzvetan, *La conquista de América. El problema del otro*, México: Siglo XXI, 1989.
- Vázquez de Tapia, Bernardino, *Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia, vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenexitlan*, México: Patria, 1990.